

las virtudes, sinó enviar al patíbulo á los delincuentes.

Pedid á los establecimientos de enseñanza una educacion liberal, artística ó mecánica para los hijos del pobre; y hallaréis que todos los impuestos del rico no bastan para costearla, y descubriréis cuán desgraciados, cuán pervertidos hariais, con el cultivo de la inteligencia, á la mayoría de esos seres destinados á ser máquinas de fuerza.

Pedid á la administracion médicos y medicinas para todas las dolencias de éstos, hospitales para sus enfermedades, lugares de recogimiento para su ancianidad, su locura ó su incapacidad; condiciones de salubridad para sus trabajos, y de decencia y de comodidad para su albergue; y la administracion os pedirá millares de millones para éstos objetos.

Pedid al poder, siquiera aire sano para la vivienda y respiracion de las masas pobres, agua suficiente para su limpieza y aséu, y tierra bastante, no para que habiten sus vivos con anchura, sinó para que entierren sus muertos con decoro. El poder responderá á vuestra demanda con una carcajada.

Pedid á la ley amparo contra la prostitucion de vuestras hijas, contra la deshonor de vuestras mujeres, contra la embriaguez de vuestros maridos; y veréis lo que es la moralidad de la gobernacion.

Id á pedir al Gobierno empléo para las fuerzas que no tienen ocupacion; ocupacion para vuestros brazos, que no tienen trabajo; y os contestará que no tiene á su cargo más empléo de fuerzas que el ejército, ni más capitales de trabajo que la construccion de algunas leguas de caminos, algunas murallas de fortalezas, algunos codos de carena de un navío.

Y ésta respuesta lo mismo os la dará el gobierno de las sociedades democráticas, que el de las instituciones monárquicas; la autoridad, que invoca la libertad y el progreso, como la que proclama compresion y retroceso: el poder; que se funda en el derecho divino, ó la doctrina política que deriva su legitimidad de la soberanía del pueblo, ó del sufragio universal.

Y es que la política no afecta más que la forma del poder; y la forma del poder no resuelve más que la cuestion de quién ha de ejercerlo: y la cuestion de quién ha de ejercer el poder, no varía las condiciones de la sociedad, porque el poder sólo afecta á una de las funciones de la organizacion social. El poder sólo afecta al trabajo público: el poder político sólo ha recibido la mision de la existencia exterior y colectiva. El poder sólo resume las atribuciones negativas de impedir colisiones y conflictos materiales.

La armonía entre la propiedad y el trabajo, entre el capital y la ganancia, entre la produccion y el consumo, entre la acumulacion y la reparticion, entre la pobreza y la miseria, entre las clases opulentas y las necesitadas, entre las necesidades físicas y las aspiraciones ideales, entre la conservacion y el progreso, entre el dolor de la humanidad y los placeres de la vida, entre la necesidad del trabajo y la esperanza del reposo, entre la abnegacion del deber y el desarrollo de la pasion, entre las sugerencias de la utilidad y los sentimientos del corazon, no, Señores, no—lo repetiré por la vez milésima—, no la encontraréis, ni en el interés de los ricos, ni en el interés de los pobres, ni en el interés de todos, ni en el interés de nadie.

Ni la encontraréis en la moral del interés.

Ni en la Economía, que no es más que interés.

Ni en el socialismo, que no ha sabido ser otra cosa que interés.

Ni en la política, que no puede ser sinó intereses.

Ésta armonía, Señores, tiene que ser un sentimiento moral. Ésta armonía tiene que ser más que una autoridad, y más que una doctrina, más que un sistema, más que una teoría. El principio de ésta armonía tiene que imponerse más que al entendimiento; tiene que dominar al corazón, y avasallar la conciencia: tiene que poner freno á los intereses, y hacer callar la voz de las pasiones. El principio de ésta armonía tiene que ser obedecido y espontáneamente aceptado con fé, defendido con entusiasmo: debe identificarse á la vida, y dominar, como la luz, sobre toda la atmósfera de la existencia. Este principio y este sentimiento tiene que obrar en la vida individual del hombre; tiene que obrar más todavía en la existencia social.

Esa doctrina, esa creencia, ese sentimiento, el hombre podrá llamarle deber, obligacion, fé, precepto, regla, ley, moral, virtud, ó heroísmo; pero la sociedad, Señores, la sociedad, á una creencia que reuna estos caracteres, que organice sus elementos, que aplaque sus luchas, que armonice sus intereses, que ennoblezca sus trabajos, que vigorice sus fuerzas, y que mitigue sus dolores, no puede llamarle otra cosa que RELIGION.

IV.

Bien conozco, Señores, al llegar á esta palabra, y al anunciar este resultado, todo lo que podrá decirse de mi lógica y de mi doctrina.

Bien sé que en esta época de racionalismo absoluto, la proposicion que precede equivale á los ojos de muchos á una declaracion más ó ménos explícita de insuficiencia.

Harto conozco que en este período de escepticismo se me dirá que mi consecuencia es una afectacion hipócrita.

Harto temo que se me diga que este desenlace de las cuestiones filosóficas por la introduccion del *Deus ex machina*, como en los antiguos dramas, no pasa de ser en mis lábios una declamacion poética.

Bien sé que voy á dar motivo, entre los que más sincero me juzguen, á los unos, para que piensen que voy á poner los derechos, las libertades, y el progreso, y la civilizacion de las sociedades á los piés de la teocracia; á los otros, para que crean que voy á dirigir las alas de mi extraviado vuelo, por las regiones nebulosas del misticismo revolucionario.

Si yo tuviera el tiempo de otro curso, que necesito para explicar y desenvolver mi proposicion, estoy casi seguro de que rectificaria éstos juicios; que desvanecería tales imputaciones, y que reduciría las apariencias de fantasía, ó los arrobamientos del misticismo, á las proporciones sencillas del buen sentido del género humano.

En los momentos actuales, Señores, y cuando tengo que dar fin á la primera parte de estas explicaciones, sólo quiero añadir á mis palabras una observacion sobre lo que ha sucedido, una indicacion sobre lo que puede suceder. Os diré cómo resolvió una creencia una gran cuestion, que el interés, la ciencia y la política no habían resuelto: os diré cómo creo que podrán resolverse todas las demás. Lo uno os probará que no me he desviado tanto como creéis, de mis cuestiones; lo otro os indicará, que el camino que conduzca á la resolucion de todos los pro-

blemas, no debe estar muy lejos de la direccion, que vemos que sigue en la Historia el primero y más transcendental de todos.

Nosotros hemos tratado con alguna extension la cuestion de la organizacion del trabajo, porque es la cuestion de nuestro siglo y de nuestra sociedad; pero en los siglos y en las sociedades precedentes, había existido una cuestion más árdua, más difícil, la de la emancipacion del trabajo, la de la libertad de las clases trabajadoras.

Nuestro siglo ha recibido ésta libertad, ésta emancipacion como fenómeno, como hecho, como dato: otros la recibieron como problema.

—«Volveis á vuestra cuestion del trabajo, me diréis, cuando ya estábais en la profesion religiosa de una creencia. ¿Qué tiene que ver la religion con el trabajo, ni la creencia que se profese, con la libertad que se disfrute?»

—Sí, Señores; vuelvo á la cuestion del trabajo; que no he salido de ella: sigo con la cuestion religiosa; ya no podré abandonarla jamás, Señores. Desde que un filósofo, por racionalista que sea, se encuentra con una religion en su camino, no hay remedio; le sucede lo que al Rey cuando encuentra en la calle al Santísimo Sacramento: tiene que cederle su carroza, y acompañarle á pié á la casa del enfermo, y hasta dejarle en su tabernáculo.

Hablaba, Señores, de la emancipacion del trabajo; hablaba de la condicion mísera y antigua del trabajo manual, del trabajo mecánico, del trabajo industrial, de todo trabajo productivo. Este trabajo, Señores, fué por largos siglos la servidumbre: trabajador y esclavo fueron por mucho tiempo sinónimos: hombre trabajador y máquina; obrero y animal doméstico, fueron una misma cosa; y cuando Aristóteles dijo que la esclavitud se aca-

baría el día que el torno y la lanzadera se movieran por sí solos, no es que Aristóteles profetizase el vapor, ni adivinase la industria moderna, sinó que quiso indicar que el hombre trabajador no era más que un torno y una lanzadera en poder del hombre libre. Antes que el torno llamado hombre, y la lanzadera mujer, anduvieran solos, pasaron muchos más siglos, que de éste día á aquel en que el hombre hizo andar solos á los tornos de hierro y á las lanzaderas de marfil.—Señores, la invencion de la libertad humana fué más lenta y más laboriosa que la invencion del vapor y de la *mull-jenny*.

¿Quién la inventó, Señores? ¿Quién la descubrió? No fué la ciencia de los filósofos la que emancipó el trabajo: ya sabéis lo que decía el más grande de todos ellos. No fué la democracia ni la libertad antigua: ya sabéis que nunca fué más horrible la esclavitud, ni nunca se vió más degradada la dignidad humana, que en las repúblicas griegas, y en la república romana. No fué el Imperio, ni la igualdad del despotismo el que alivió la suerte de aquel trabajo que había vivido tanto tiempo en las cadenas.

Los filósofos y los jurisconsultos del Imperio hablan con tanto desden, y con tan horrible frialdad de la muchedumbre esclava, como los filósofos y los legisladores de la república. Con los Arcontes y con los Éforos, con los Cónsules y con los Dictadores, con los tribunos del pueblo y con los Prefectos del pretorio, con la doctrina de Sócrates y con la de Epicuro, con la moral de Alcibiades y con la rigidez de los Catones, había existido siempre igualmente duro, siempre inaccesible á las modificaciones de la política, y á las opiniones de la filosofía, el servilismo brutal del trabajo, que formaba el fondo de la organizacion económica de la antigüedad.

No fué un interés, ni fué una autoridad la que cambió aquel orden de cosas: no fué una legislación, ni una filosofía la que cambió aquel orden de idéas. No se pronunció en la tribuna de las arengas, ni en las aulas de Alejandría, la palabra santa, que debía regenerar la faz del mundo; porque fué una palabra y un gemido de dolor, y un grito de agonía el que hizo callar los más acerbos dolores y los padecimientos más agoniosos del género humano. Pidió el Justo de los justos sobre la cruz del Gólgota el último trago de las amarguras de la vida, que empapaba la simbólica esponja, y al decir al cielo y al mundo: CONSUMMATUM EST, la emancipacion del hombre se habia consumado; la sociedad y la esclavitud antigua habian para siempre desaparecido.

El cristianismo, Señores, abolió la servidumbre del trabajo. Pero ¿de qué manera?—Notadlo bien. No fué por medio de una máxima, ni por medio de un precepto, ni por medio de una institucion; no fué por una declaracion de derechos, ni fué degradando, vilipendiando, anatematizando la condicion del esclavo y la ocupacion del obrero. La Religion cristiana no se contentó con emancipar al trabajo, como el socialismo de nuestros dias. La Religion hizo más. El trabajo era vil; le ennobleció: estaba degradado; le enalteció: era indigno; le santificó: era la condicion que igualaba al hombre con las bestias; hizo de él la virtud que le igualaba á los ángeles.

Cuando el trabajo fué noble, cuando fué heróico, cuando fué santo, cuando fué divino, no podía dejar de ser libre. La libertad era obra del tiempo; la emancipacion vino de suyo. La nobleza del trabajo fué su emancipacion; la elevacion del obrero fué su libertad. Aquel á quien Dios habia dicho «comerás el pan con el sudor de tu ros-

tro,» era el padre de los hombres, el padre de los ricos y de los pobres, el padre de César y el padre de Espártaco; y el hombre tuvo que decir: «todo el que suda para comer, es hijo de un Padre, como todo el que muere por la verdad es hijo de mi Dios.»

Esta no es fantasía, Señores; esta no es hipótesis; esta no es poesia ni declamacion. Esta es la Historia, y la historia desnuda y sencilla.

V.

Ahora bien, Señores; LO QUE FUÉ, ESO SERÁ, dicen los Libros Santos.—Lo hecho no puede ménos de ser ó de haber sido, dice un apotegma jurídico.—Lo que sucedió, podrá suceder, están en el caso de decir los filósofos.

Lo que sucedió con la emancipacion del trabajo, eso podrá suceder con su organizacion. Lo que cambió la condicion del obrero, y la forma de la produccion, eso podrá modificar las condiciones del repartimiento y del consumo. Lo que sin turbar el orden social, ni comprometer la propiedad, produjo la nobleza y la libertad del obrero, producirá su retribucion más abundosa, su moralizacion más elevada, sin perturbar la sociedad moderna.

Bastó con una creencia, bastó con un sentimiento para que el hombre rico se creyera en obligacion con el hombre pobre, para que respetara en él el señorío de sus fuerzas, como en sí propio el de sus tierras, para que no pudiera ya arrojarle al estanque de las murenas, para que no volviera á creerse dueño de la sangre de sus hijos, y del pudor de sus hijas; para que tuviera vergüenza, para que tuviera horror, para que apenas tuviera memoria de haberlo sido un dia!

Yo creo, Señores, que un sentimiento, una creencia, una Religion pueden hacer con el capital lo que con el trabajo. Yo creo que se necesita ménos para que el capitalista no pueda ser explotador del hombre, para que sólo por consideracion y nobleza de la dignidad humana, se satisfagan más ámpliamente las necesidades físicas, y las necesidades morales del obrero; para que sólo por consideracion al bien social, y al patriotismo convertido en creencia, se aumente con mayor produccion el capital y la riqueza de un pueblo. Creo que con la grandeza, con la prosperidad social, tiene que suceder lo que sucedió con la libertad del individuo. No fueron razones económicas las que abolieron la esclavitud: no serán intereses materiales, ni cálculos aritméticos los que hayan de dar á la sociedad la inteligencia de su organizacion, el sentimiento de su armonía, de su elevacion y de su progreso.

Hubo una creencia, hubo un sentimiento, hubo una Religion, en virtud de la cual el trabajo dejó de ser esclavitud y violencia. En que el género y las horas del trabajo fueron de la libre eleccion del hombre. En que el trabajador pudo estipular una retribucion de su trabajo, proporcional á sus necesidades, ó proporcional á las circunstancias y valor del trabajo mismo. En que el trabajador pudo invertir á su albedrío el fruto y estipendio de su trabajo. En que por la excelencia de sus productos, ó la parsimonia en sus consumos, pudo salir de la condicion de trabajador á la de capitalista.

Pues bien: yo comprendo, Señores, una creencia, un sentimiento, una Religion, en que el principio de autoridad deja de ser la violencia, la coercion; en que el órden público no necesita la sancion de un armamento ruinoso; en que la propiedad no há menester la sancion del presi-

dio ni del patíbulo; en que las obligaciones sociales, como las obligaciones domésticas, se identifican con la obediencia espontánea. Yo creo en una Religion, en una doctrina, en que el bienestar de las clases menesterosas se pone en equilibrio con el poder de las clases acomodadas. Yo conozco, Señores, una Religion, en virtud de la cual, ni las relaciones políticas, ni las obligaciones sociales, ni las relaciones económicas pueden dejar de estar reguladas por creencias, sentimientos y virtudes; en virtud de la cual se subordinan á sus espontáneos preceptos, y á su espontánea dominacion, el poder en su esfera, la sociedad en su movimiento, el interés de los ricos, y el deséo ó la esperanza de los pobres.

Concibo, Señores, que por el poder de una creencia, de un sentimiento, de ésta Religion, el poder político no quiera ser absoluto, ni omnímodo, ni omnipresente; la sociedad no quiera luchar contra los imposibles de su situacion, de su suelo, de su raza, de su clima. En que el rico no quiera ser explotador, ni tiránico, ni monopolizador, ni ignorante, ni ocioso. En que el pobre no quiera ser opulento ántes de haber ganado su capital; ni tener participacion en el poder, sin tener instruccion; ni ostentar honores, sin haber hecho grandes servicios. En que pesen iguales, aceptadas resignadamente por todos, la ley del trabajo, la ley de la contrariedad, la ley de la lucha, la ley de la incertidumbre, la ley de la obligacion; pero en que sonría para todos igualmente la ley de la esperanza, la ley del progreso, la ley de la fraternidad de los hombres entre sí, y de la fraternidad de las sociedades en la familia de la Providencia.

Yo creo, Señores, que esto lo puede hacer una Religion y un sentimiento. Y si alguno de vosotros viniera á pro-

barme, y lograra convencerme de que ésta esperanza es una quimera, y que por éste camino no se llegará á la armonía de la sociedad, y á la concordancia de los intereses, en tal caso, mi consecuencia sería la desesperacion, porque por otro camino no se llegará nunca. Entónces tendría que renegar como Prudhom de la bondad de Dios, y blasfemar de su soberana Providencia.

No, Señores; yo no abriré mis lábios jamás para pronunciar esa blasfemia: ¡primero se cierren para siempre! Yo no los cerraré nunca sin protestar delante de los hombres y á la faz de los cielos la santa esperanza que abriego en el fondo de mi corazón.

Señores: esta esperanza no es la de un hombre fanático, ni la de un hombre iluso. No es el último refugio del racionalista escéptico: no es la tabla á que se arroja desesperado el náufrago de la filosofía. Pudiera añadir que no es siquiera la de un hombre piadoso. Es la de un hombre sencillo, que cree y que sabe que el hombre tiene una alma, que le constituye; que la sociedad tiene una Providencia que la conduce.

Es la de un hombre sencillo, que ha observado que las cuestiones del hombre se han resuelto siempre por modificaciones en los sentimientos de su alma; que los sucesos de la Historia han sido siempre visiblemente conducidos por la Providencia.

Es la de un hombre, que ha aprendido que la manera de sentir de los hombres se perfecciona, se modifica, se mejora, se ennoblece. Que la civilizacion de las sociedades no retrocede nunca, ni ha retrocedido en la Historia. Fenómenos morales, políticos ó económicos que pasaron en otros tiempos, no los comprende hoy siquiera la sociedad en que vivimos. Que los Espartanos hicieran caza

de ilotas: que la juventud griega se prostituyera públicamente en los templos: que los Romanos cebaran sus estanques con esclavos: que mientras que comían, recrearan sus ojos en combates de gladiadores: que matronas romanas concurrieran desnudas al anfiteatro: que hombres y mujeres tuvieran y publicáran amores con personas de su propio sexo.—Esto, Señores, no sólo no sucede hoy; apenas comprendemos cómo sucedía. La manera de comprender y de sentir ha variado.

¿Desaparecerá la prostitucion? A nosotros nos parece imposible. ¿Pero no ha desaparecido un vicio no ménos generalizado en la antigüedad? ¿Quién sabe si lo tolerado hoy no excitará dentro de dos siglos el mismo horror y la misma repugnancia que los extravíos de otros tiempos?

¿Desaparecerán la usura y el monopolio? ¿No estaban más arraigadas en la sociedad la esclavitud doméstica y la servidumbre de *la gleba*? Bastó una modificación en la moral de la sociedad, para hacer desaparecer estos hechos, de la legislacion, de la Economía, de la política.

Y es, Señores, que en el mundo no hay cuestiones económicas, ni cuestiones políticas, ni cuestiones legislativas. En el mundo no hay más que cuestiones morales. Y las cuestiones morales son cuestiones religiosas, porque la conciencia y la moral social es la Religión.

Y en vano me diréis que las cuestiones del capital, y las cuestiones del trabajo, y las cuestiones del impuesto, y las cuestiones del repartimiento, y del consumo, y de la pobreza, y de la propiedad, y del salario, y de la renta, y de la lucha ó armonía de productores y consumidores, serán siempre cuestiones económicas, porque serán siempre cuestiones de interés.

Yo no os diré que la cuestion de la multiplicacion y

reproduccion del hombre, que la cuestion del amor sexual, que la cuestion de las relaciones entre el hombre y la mujer, que la cuestion de las obligaciones mútuas de los esposos; que la cuestion de la crianza de los hijos, debían ser una cuestion de apetito y una cuestion de fisiología.—No, Señores, no: para el hombre no hay cuestiones de fisiología, como hay cuestiones de Economía!

Para el hombre de la sociedad y de la civilizacion, la cuestion de procrear sus hijos no es una cuestion de apetito ni de pasion; es una cuestion de moral, de santidad, de Religion.

Para el hombre de la civilizacion y del progreso, la cuestion de crear riquezas y de comunicarlas con los hombres, la cuestion de capital y de trabajo, y de propiedad y de comercio, no es una cuestion de interés ni de cálculo; es una cuestion de obligacion, de moralidad; es una cuestion que, como la del matrimonio, no puede resolverla la humanidad sinó delante de Dios y al pié de los altares.

Ésta, Señores, es mi última palabra por remate de la cuestion económica. Ésta será mi última doctrina en otro año por remate de la cuestion política. Ésta es mi única conclusion, porque es mi única ciencia ¹.

¹ El Autor meditaba coronar estas explicaciones con otro segundo curso, en que tratara especialmente de la *Política*. En él hubiera entrado naturalmente la explicacion de las notabilísimas palabras con que concluye el presente.

¡Adoremos los altos juicios de Dios, que no le dejó completar su obra! Ha dejado, sí, algunos apuntes para su plan, que reproduciríamos aquí de buen grado, si el-volumen ya harto crecido de este tomo no nos lo impidiera.

Si en los que restan hay lugar, en ellos se publicará éste cuadro, que tanto honra al elocuente publicista y al cristiano filósofo.

(Nota del Compilador.)

Para mí, en el hombre no hay cuestiones de interés, ni cuestiones de cálculo, ni cuestiones de fuerza en el dominio de la civilizacion y de la Historia, porque en el hombre no hay nada necesario, no hay nada fatal, y en la sociedad no hay nada materialista.

El hombre es un sér moral, porque es un sér eminentemente libre.

La sociedad se gobierna por principios y por sentimientos inmateriales, porque es una entidad eminentemente religiosa.

La libertad del hombre sólo puede modificarse por la ley de la sociedad, y la ley de la sociedad es la ley moral de Dios.

Señores, al daros con toda la efusion las gracias que os debo por la atencion que habeis prestado tan generosamente á las divagaciones de mi trivial filosofía, yo sólo puedo prometeros que ahora y siempre encontraréis mi palabra; que ahora y siempre encontraréis mi inteligencia; que ahora y siempre encontraréis mi voluntad y mi corazon al servicio de las dos idéas, de las dos causas, de los dos principios, que no pasarán, que no perecerán, que no dejarán de prevalecer nunca y de ir dilatando cada vez más su imperio;

LA LIBERTAD Y LA RELIGION.

Acaso exigireis que os explique cómo soy liberal y cómo soy religioso.

Yo no me preocuparé mucho de esta exigencia.

De lo que sí procuraré ocuparme algun dia es de explicaros cómo el hombre y la sociedad, y la humanidad no pueden dejar de serlo.